

S. K. CAPLAN

The Morphine Thief
A Novel

BERGER & HUGHES PRESS
NEW YORK

MARIO CUENCA SANDOVAL

El ladrón de morfina

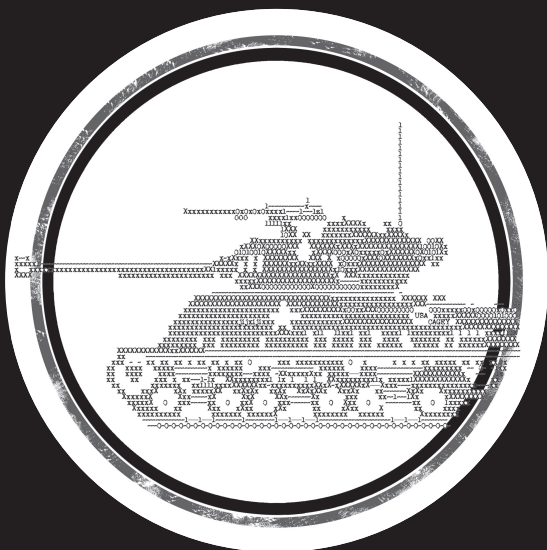


451.http://

*Esta historia es una mosca en la boca de un camaleón
y un camaleón en la boca de una serpiente
y una serpiente en la boca de una gruta.*

SAMUEL KURT CAPLAN (JERICHO, VERMONT, 1921 - BOGOTÁ, 1997), ARTISTA PLÁSTICO y escritor estadounidense, fue uno de los pioneros del arte infográfico junto a su compatriota Ken C. Knowlton o el dominicano Ángel Luis Arambilet, creadores que se valieron del código ASCII —siglas del American Standard Code for Information Interchange—, el conjunto de caracteres latinos que se emplean en los ordenadores, para generar imágenes artísticas, actualizando así la técnica del puntillismo de los impresionistas del siglo XIX. Caplan llevó esta técnica a altas cotas empleando una computadora IBM modelo 370-115, que funcionaba en lenguaje COBOL, y una impresora de martillos. En 1968 el MoMA ofreció una exposición titulada *The Machines as Seen at the End of the Mechanical Age*, con obras de Knowlton y una amplia serie de Caplan en la que los caracteres del código formaban mosaicos con escenas de los horrores de la guerra, elaboradas a partir de fotografías que el propio artista había tomado durante su servicio en el 31.º Regimiento de Infantería del Ejército de Estados Unidos.

Menos conocida resulta la producción de Caplan como narrador. Amén de algunos cuentos en revistas literarias, el artista publicó una sola y atípica novela, *The Morphine Thief* (Nueva York, Berger & Hughes Press, 1981), de la que se distribuyó una edición única de dos mil ejemplares. La presente traducción es la primera en lengua castellana e incluye las ilustraciones originales del propio Caplan.



UNO

EL FLACO BENTLEY

El Flaco, cayendo a través de la noche, cayendo en oblicuo como una jabalina que va rasgando la oscuridad, miraba a su alrededor como hipnotizado por los brillos de las detonaciones y del fuego antiaéreo y por el estrépito del viento en los oídos, y le parecía que aquella constelación de ruidos tenía un sentido intencionado, le parecía pura música, una partitura en la que las explosiones hacían las veces de la percusión. Demoraba el momento de tirar de la anilla y desplegar el paracaídas, porque necesitaba sentir un poco más aquella música, porque quería respirar un poco más el aire de arriba, el de la incertidumbre de los ingenuos, de los que no saben adónde se dirigen, pues en pocos segundos las suelas de sus botas se posarían sobre los hombros polvorientos de la guerra, se acabaría el tiempo de las preguntas, la atmósfera de la duda. Un poco más, se decía, solo un poco más. Llevaba un ejemplar de los cuentos de Edgar Allan Poe en el equipo que colgaba de su cintura, la sensación de que las preguntas se

iban quedando suspendidas en el aire, flotando entre partículas de pólvora, la impresión de entrar en una botella, en un espacio más estrecho, asfixiante, y deslizarse por su cuello hasta el fondo, donde esperaba el líquido; pero qué líquido.

Una energía desconocida tiró de su mano y su mano tiró de la anilla y el velamen se desplegó sobre su cabeza. Entonces sintió otro tirón, la resistencia del aire, una fuerza que se oponía a otra fuerza y a otra fuerza, y siguió con la mirada las cuerdas del paracaídas, que en aquel instante le parecieron tentáculos, y la lona iluminada de forma intermitente por los fogonazos de la artillería, y todo aquello le hizo pensar en un pulpo, aunque no era el Flaco quien se aferraba al paracaídas, sino el paracaídas a su cuerpo. Se le ocurrió que aquel pulpo era América. Se le ocurrió que aquel pulpo lento que se agarraba con el extremo de sus tentáculos helados a sus brazos, sus oídos, los orificios de su nariz, era América. Que América tiraba de su cuerpo hacia arriba mientras la guerra, que hacía las veces de la gravedad, lo arrastraba hacia abajo.

16

2

Antes de alistarse, el Flaco cultivaba patatas y era —más o menos— feliz. Tenía una granja en Vermont y se peleaba con las plagas de polillas y de pulgones, y a veces soñaba el sueño que soñaría un animal a cuatro patas, tal vez una nutria o un ratón que husmeaba el suelo y seguía con su olfato la ruta en el aire del gasóleo de las máquinas cosechadoras, y el olor a alcohol que anunciaba la llegada de su viejo. No es que soña-

ra ser un animal, sino que soñaba como lo haría una nutria o un ratón, si es que tales criaturas sueñan; un recorrido a ras de hierba lleno de objetos indiscernibles y de colores que no había visto nunca, falto de otros colores que los hombres sí que pueden percibir. Y sin embargo, en una batalla insensata contra su naturaleza rastreadora, el Flaco había terminado por enrolarse en la 187.^a Aerotransportada, aunque solo fuera porque pagaban cincuenta dólares más que en las otras compañías. Creyeron que bastarían unas cuantas semanas en un campo de instrucción de Georgia para transformarlo en un pájaro. Creyeron que serían suficientes unas pocas semanas en aquel lugar absurdo, en el que todo el mundo se dirigía a él con frases que eran como ráfagas de ametralladora, telegramas de pensamiento a los que tenía que responder con monosílabos, para que, tras saltar unas pocas veces desde una torre de prácticas de unos doscientos pies, le dieran sus alas y lo enviaran de una patada en el culo a otro continente. Pero no es fácil remontar el vuelo cuando uno tiene la estatura de las nutrias o los ratones.

Una hora antes de lanzarse sobre los hombros de la guerra, un sacerdote católico fue repartiendo la eucaristía a los soldados de su credo y el Flaco Bentley, sin serlo, probó el cuerpo de Cristo, dejó que se deshiciera sobre su lengua, y una serenidad extraña, hecha de harina de trigo sin levadura, recorrió su sangre en oleadas. Tal vez por efecto de este sacramento, mientras el C-46 sobrevolaba la zona y se dirigía al punto en el que los muchachos de la Aerotransportada se lanzarían, no solo no estaba nervioso por el salto, sino que se quedó dormido con la canción de cuna de los motores y tuvo,

otra vez, aquel sueño de rastreadores, de ratones o de nutrias que husmeaban por el suelo, como si estuviera condenado a que todos sus sueños sucedieran a escasa altitud, por más que su cuerpo flotara entre las nubes. Tal vez haya sueños altos, sueños de cumbres y de picos nevados, pensaba, pero los sueños del Flaco Bentley eran, todos ellos, a ras de suelo, como si hubiera un imán gigante en el corazón de la Tierra, como si la Tierra ejerciera una atracción tan inmensa que los hombres no pudieran crecer, y se transformaran en resignados animales de rastro.

18

3

El Flaco Bentley cayendo, cayendo en oblicuo a través de la noche. Hipnotizado por el fuego de las baterías enemigas que a veces acertaban a uno de los C-46. Y entonces el avión, ardiendo, como si fuera un animal transparente, mostraba sus tripas iluminadas, una ruina en manos de la ley de la gravedad, los soldados colgando de la chatarra, sus gritos arrasados por el viento hacia otra parte. Un poco más, decía, solo un poco más, la mano en la anilla y su ejemplar de los cuentos de Poe en el equipo que colgaba de su cintura. Se había quedado dormido en el avión, sus gafas empañadas colgando de su nariz; había atravesado un ciclo de intermitencia entre el sueño y la vigilia, un ir y venir del que ningún cerebro, ni siquiera el de un pequeño rastreador, podría salir ileso. Pero un codazo en las costillas, ese gesto de compañerismo al que ya había terminado por acostumbrarse, lo trajo de nuevo a la

altura de una realidad que olía a pólvora, a la hora de limpiarse de toda pregunta, de retirar la cáscara de la duda, la piel de sus pensamientos. Un poco más, se decía, sosteniendo la anilla entre sus dedos, la ropa temblando como una bandera clavada en una cumbre. Por más que tratara de elevarse, nunca dejaría de ser el roedor de sus sueños, el granjero de Vermont que se peleaba con las plagas y con el temperamento incontenible de su padre, y con las burlas de los otros muchachos, que solo leían revistas sucias y tiras cómicas. Eso era él, un ratón autodidacta de Vermont.

Después el Flaco y las *bailarinas* de su unidad —así se llamaban entre ellos los muchachos—, las pocas que sobrevivieron al salto, tocaron suelo, se revolcaron por el fango, se desprendieron del paracaídas, se buscaron unas a otras, se reagruparon llamándose con contraseñas ridículas, cavaron trincheras, colocaron explosivos en una vía de ferrocarril, detonaron la carga y contemplaron los rieles y las traviesas saltando por los aires. Los P-51 bombardearon desde el aire las líneas enemigas y a los muchachos les tocó freír a tiros con ametralladoras de 8 milímetros a los que escapaban corriendo, dejando el terreno salpicado de cadáveres de soldados y de agricultores de cuyos cuerpos salía un hilo de humo que, a lo mejor, era su espíritu. Les dolían los tendones de tanto apretar el gatillo y la peor parte se la llevaban los pies. Tuvieron que untárselos de talco y fungicidas para combatir la humedad. Luego recibieron refuerzos de la 26.^a de Infantería y, a juzgar por los acontecimientos de aquella mañana, la guerra parecía un juego muy fácil, demasiado fácil. Ni siquiera la conciencia significaba un lastre para él:

en realidad, el Flaco Bentley no se molestaba en apuntar. Se limitaba a disparar hacia adelante, a la masa suicida de aquellos amarillos que se lanzaban sobre ellos en un asalto frontal y estúpido, como traído de otra guerra, o de otro siglo. No sentía nada por ellos. Disparar hacia adelante, y ya está. La técnica que los veteranos llamaban *la picadora de carne*. Todo demasiado fácil. Hasta que llegaron los chinos.

4

20

El Flaco y sus compañeros de filas comprendieron muy pronto que los chinos no eran de este mundo, seres diminutos cuyos organismos habían sido explorados, medidos, pesados, vacunados y disciplinados en la escuela desde niños, y luego integrados y uniformados, enseñados a considerar las reglas elementales de la higiene como leyes del universo, o de la historia, y las consignas del Partido como si fueran constelaciones en el firmamento. Lo peor de la guerra llegó con los chinos, habituados desde niños a la gimnasia y a fortalecer cada pulgada de su cuerpo como si no fuera suyo, como si fuera un préstamo de la sociedad, o del Estado, y, puesto que aquellos cuerpos disciplinados no eran suyos, sino del Estado, se desprendían de ellos con una naturalidad asombrosa, arrojándose contra las trincheras enemigas a cientos, a miles, igual que insectos contra un panel eléctrico. La llegada de los chinos la anunciaban el temblor de la tierra bajo los pies, los ladridos de los perros, el polvo en la línea del horizonte. Y de repente tenías encima a las hordas de Gengis Khan, descolgándose por

las colinas mientras los muchachos los freían a balazos. Pica-dora de carne. Había oído que los chinos se ponían ciegos justo antes de lanzarse al combate. Preguntó si era cierto. Claro, igual que nosotros, respondió con sarcasmo el sargento de su pelotón, un tipo de Jersey que se llamaba McFate*. De modo que una batalla consistía, en esencia, en una escaramuza de hombres colocados. La guerra, pensó el Flaco, se acabaría en el justo momento en que un puñado de hombres sobrios se decidiera a darse la vuelta y regresar a sus casas. Justo lo que se necesita para que una fiesta no degenera en orgía.

De modo que aquella semana, el Flaco Bentley llegó a sus dos primeras conclusiones sobre la guerra: (a) que los chinos no eran de este mundo y (b) que, en realidad, había dos guerras en la guerra. Porque antes de que se cumpliera un mes, el Flaco ya había empezado a fumar hierba como un orangután y descubierta que había otra guerra encima de la guerra, una guerra alucinada en la que amarillos ciegos de opio asaltaban los búnkeres con bayonetas arcaicas y los americanos, puestos de marihuana, los recibían a balazos. Y luego estaban los coreanos del norte, que bebían un trago de *soju* justo antes de lanzarse sin orden ni concierto contraametralladoras enemigas gobernadas por marines puertorriqueños que nadaban en metaanfetaminas para no dormirse durante las guardias. Y luego estaban los civiles, pequeños y monstruosos, que se deslizaban entre los cultivos y la selva borrachos de *nongyú*, sosteniendo

21

* *Fate*, 'destino, sino'. Vladimir Nabokov pone en boca de su Humbert Humbert la misma referencia en *Lolita*. (*Todas las notas al pie son del traductor, Mario Cuenca Sandoval*).

un puñal entre los dientes, con el corazón avivado por las soflemas del Partido. Y después estaban los colombianos, que inhalaban pegamento para infundirse ánimo y a veces, cuando encajaban pequeñas piezas de metralla en la carne o les saltaba gravilla a los ojos, se reían primero y después gemían y llamaban a sus madres. Cuando un soldado caía herido, un sanitario adicto a los opiáceos, a cualquiera de ellos, galopaba hasta su posición y le administraba morfina, y entonces su cuerpo se disolvía como problema, dejaba de ser problema; ya no pesaba ni dolía, y el pensamiento del soldado volaba como un ángel hasta posarse en un lugar paralelo a la guerra, o en una guerra paralela a la guerra. Porque había una contienda a ras de suelo, orgánica, sanguinolenta, y había otra a diez cuartas del suelo, tejida con los hilos de la embriaguez. Y en aquella guerra de arriba los hombres no tenían miedo. Y no tener miedo es uno de los dones más preciados de la humanidad.